

La configuración de los sistemas de partidos en los ámbitos subnacionales de México.

Álvarez Olivas Iván.

Cita:

Álvarez Olivas Iván (2010). *La configuración de los sistemas de partidos en los ámbitos subnacionales de México*. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/536>

La configuración de los sistemas de partidos en los ámbitos subnacionales de México.

Iván Roberto Álvarez Olivas
ialvarez@uacj.mx

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Área temática: Política Comparada
Subárea temática: partidos y sistemas de partidos

Ponencia para presentar en el V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política celebrado del 28 al 30 de julio en Buenos Aires, Argentina.

La configuración de los sistemas de partidos en los ámbitos subnacionales de México.

Iván Álvarez¹

En términos de las transiciones a la democracia, suele catalogarse el caso de México como uno que, por su naturaleza y rasgos, resulta atípico. Según la fuente consultada, los tiempos del proceso de democratización en México empiezan en 1968, tras el movimiento estudiantil, en 1977 con la reforma política de la época, en 1988 con las cuestionadas elecciones presidenciales de ese año, en 1996-1997 con la reforma electoral de ese entonces y la pérdida de la mayoría en el Congreso por parte del PRI o en el año 2000 con la alternancia de partido en la presidencia de la República.

Hay, por otro lado, un mayor consenso entre politólogos y analistas diversos, en que es a partir de 2000 que se pueden empezar a buscar los aparatos teóricos para analizar lo que en principio viene después de la transición, y, en consecuencia, se empieza a hablar de consolidación democrática y de calidad de la democracia en México.

Tras las elecciones federales de 2006, marcadas por la falta de certidumbre —para no hablar de fraude electoral— sobre el resultado final², nuevamente se empieza a debatir sobre si, y en qué medida, se puede hablar de que México es una democracia, o una poliarquía en términos de Dahl (2001). Lo anterior tomando en cuenta lo que Przeworski (1995) o Linz y Stepan (1996) consideran fundamental para el establecimiento de un régimen democrático: la aceptación y, en consecuencia, el respeto por parte de los principales actores políticos de las reglas del juego democrático.

Dicho de otra forma, la falta de certidumbre sobre el resultado de la elección lleva al candidato perdedor (por apenas medio punto porcentual) a denostar las instituciones actuales por lo que él considera un fraude en contra de la coalición que él encabeza. Lo cual hace que uno de los protagonistas del juego político desconozca la imparcialidad de las instancias encargadas de organizar el proceso electoral, contar los votos y sancionar la validez de los resultados.

Sin embargo, más allá del debate en torno a la democracia mexicana, hay una base insoslayable sobre la que se asienta el ideal democrático en el país. Efectivamente, el pluralismo político en México es una realidad palmaria que se manifiesta de diversas maneras. Para usar el caso más conocido, y recién apuntado, la batalla electoral de 2006 tuvo como actores principalísimos a dos partidos, PRD y PAN, que hace apenas una década eran la

¹ Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

² Por mencionar dos trabajos recientes en los que se sostiene la tesis de, al menos, la duda razonable sobre el resultado de la elección, véanse Crespo (2008) o López Gallardo (2009).

oposición. En esa elección el otrora invencible PRI quedó muy por detrás de sus contrincantes en tercer lugar.

Las basas de ese pluralismo están configuradas por unidades regionales o subnacionales. De tal suerte que el sistema de partidos mexicano en el nivel federal — conformado por tres partidos grandes, o con capacidad de ganar elecciones nacionales, y otro puñado de partidos pequeños (PT, PVEM y más recientemente Convergencia y PANAL) que cuentan con capacidad de alianza y/o chantaje para usar la conocida tipología de Sartori (1992)—, descansa sobre bases regionales más bien desparejas. Es decir, el tripartidismo que se aprecia a nivel nacional está formado, muy a menudo, por la suma de los bipartidismos locales.

Los sistemas de partidos locales se han ido haciendo evidentes a partir de la década de los ochenta y durante los noventa del siglo pasado, y, con pocas excepciones, se han conservado estables durante la primera década del siglo XXI. Es precisamente la aparición de esos bipartidismos locales sobre lo que trata este trabajo. Se pretende responder a la pregunta de por qué en algunos estados del país fue el PAN y en otros el PRD los que encabezaron la oposición al PRI. Es decir, tras la larga hegemonía priista, qué lleva a los ciudadanos de uno u otro estado a decantarse políticamente por un partido de oposición u otro. Esto es, se hace un acercamiento para identificar cuáles son los factores que explican que en un estado determinado el bipartidismo sea PRI-PAN o PRI-PRD, dejando, según la entidad analizada, al otro partido (PRD o PAN) en una posición de relativa debilidad.

La importancia del tema se debe a varias razones. En primer lugar, el analizar los escenarios locales y el origen de sus lógicas de competencia partidista, permite profundizar en la comprensión de las bases del pluralismo político nacional y ayuda a entender las tradiciones ideológicas en las que descansa la competencia electoral. En segundo término, no hay esfuerzos académicos que desde una perspectiva comparada busquen dar cuenta de la forma en que los estados dejaron de ser hegemoníicamente priistas para dar paso a sistemas de partidos competitivos. Finalmente, entender la forma en que se estructura la competencia partidista en los ámbitos subnacionales ayuda a comprender mejor las identidades políticas locales que hasta hace apenas 25 años parecían no existir. En definitiva, analizar la estructuración de los sistemas de partidos locales arroja luces sobre los componentes en los que descansa la competencia nacional.³

³ Una década después de la caída del Muro de Berlín, Kitschelt et al (1999) rastrear el origen de los sistemas de partidos en Europa Oriental.

Se eligieron cuatro estados: Chihuahua, Michoacán, Tabasco y Yucatán. La razón está en que en dos de ellos, Chihuahua y Yucatán, es el PAN el que rompió la hegemonía priista y ha llegado a ocupar las gubernaturas. En los otros dos, el PRD fue quien hizo frente al PRI, haciéndolo oposición en Michoacán desde 2001 mientras ha estado a punto de hacer lo propio en Tabasco. Por otro lado, los estados seleccionados son muy diferentes entre sí en términos de estructura económica, étnica, cultural, social, etc. El común denominador de las cuatro entidades federativas es la alta competitividad de partidos distintos al PRI que conforman los sistemas de partidos locales. Al comparar estados con fortunas electorales muy dispares para el PAN y el PRD, en los que según el caso, uno de ellos es altamente competitivo mientras el otro es relativamente débil, permite discriminar entre causas para encontrar las que de forma más clara inciden en la conformación del sistema de partidos local.⁴

Cuadro 1. Fragmentación y número de partidos electorales locales								
Chihuahua		Michoacán		Tabasco		Yucatán		
	Gobernador	Alcaldes	Gobernador	Alcaldes	Gobernador	Alcaldes	Gobernador	Alcaldes
<i>F</i>	0.5568	0.5741	0.6440	0.6540	0.4855	0.5429	0.5473	0.5499
<i>N</i>	2.2562	2.3479	2.8093	2.8903	1.9435	2.1877	2.2087	2.2219

Elaboración propia con base en IFE 2007

1. Modernización y cambio político.

A partir de la teoría de la modernización, dentro del enfoque sociológico, como factor explicativo del cambio político⁵, diversos autores han intentado explicar las bases del asentamiento de los distintos partidos políticos en México relacionando diferentes indicadores sociodemográficos con las variables fuerzas electorales de los partidos en las regiones (Ames, 1970; Ramos Ordanay, 1983; Molinar y Weldon, 1990; Klesner, 1993, 1995, 1998; Gómez Tagle, 2001; Valdés Vega, 2001).

Para las elecciones de diputados federales entre 1988 y 2003, corrí algunos modelos de regresión múltiple a partir de diversas variables sociodemográficas en los 32 estados del país. Los resultados, aunque interesantes (por ejemplo una propensión de los estados con un sector de servicios más desarrollado a votar por el PRD, o una inclinación — paradójica si se piensa en la aparente vinculación predictiva entre sindicatos y partidos de izquierda del modelo de Lipset y Rokkan— de los estados más industrializados a votar al PAN) son inconsistentes y los coeficientes no siempre significativos a lo largo del tiempo. Por otro lado, según el autor y la unidad de análisis (estado, distrito o sección electoral), los perfiles regionales de los votantes del PRD o del PAN van cambiando. Sin embargo, decir simplemente que un partido (de oposición) y no otro es más o menos favorecido por la

⁴ Referencia de Sartori sobre método comparado sistemas diferentes

⁵ Ver por ejemplo Eisenstat (1966)

población de una región determinada del país, es describir un hecho constatado en los resultados del modelo estadístico sin explicarlo. Por ello, en el próximo apartado, conviene tomar estos resultados como base y adoptar un enfoque neoinstitucional en su vertiente histórica para entender qué factores fueron importantes en momentos específicos⁶ y ver cuál fue la evolución de las relaciones entre las instituciones formales del Estado (la presidencia de la República, la Secretaría de Gobernación, el PRI, etc.) por un lado y los partidos de oposición, los sindicatos independientes, las asociaciones de empresarios o civiles, las élites locales y la sociedad en general por otro. Todo ello enmarcado en la evolución de los conflictos políticos que han atravesado a la sociedad mexicana, independientemente de que su manifestación se haya dado o no en la arena electoral.

2. La revolución en los estados.

Para las cuatro entidades seleccionadas, conviene hacer un recuento de los rasgos más importantes de la revolución. Primero, Chihuahua es la cuna del movimiento armado y, con mucho, el estado que más aportaciones hace (de contingentes, fuerza y líderes) a la Revolución (Cumberland, 1992; Knight, 1996). En el otro extremo está Yucatán con una muy exigua contribución al movimiento armado -aunque hubo algunos levantamientos esporádicos y violentos (Knight, 1993a:45; Silva Herzog 1993:174), y en el medio se encuentran Tabasco y Michoacán con algunos grupos revolucionarios y líderes de distinta importancia.

En segundo lugar, a grosso modo la revolución en Chihuahua tiene un cariz anticentralista⁷ por el que prevalece la búsqueda de autonomía política frente al poder central y estatal sobre el problema agrario (Knight, 1993a; 1996). Por el contrario, la revolución en Michoacán se encuentra más relacionada con la cuestión de la tierra y aunque se libran algunas batallas de cierta importancia en 1913 y 1914, los combates principales de habían llevado a cabo lejos de Michoacán, en el norte del país (Benítez, 1993:T-II:29 y ss.; Ochoa y Serrano, 2003). La situación en Tabasco es distinta, ya que aquí la lucha armada tiene más que ver con antiguos antagonismos entre los dos bandos liberales del estado (que temporalmente se unen contra el gobernador porfirista local) en virtud de que, comparativamente, el problema agrario era menor entre otras cosas porque había menor concentración de tierras que en otros estados⁸ y existía un problema de exceso de agua -lo cual hacía potencialmente más difícil el reparto e incluso la demanda de tierra (Martínez

⁶ Rothstein (2001:235-236)

⁷ Orozco (2003:16-21).

⁸ Pese a la pobreza, en 1910 Tabasco contaba con más propietarios rurales (24,516) que trabajadores agrícolas (19,766) (Martínez Assad, 1996).

Assad, 1996). En Yucatán, la gran influencia de los dueños del henequén que aislaban a los peones en grupos heterogéneos alrededor de haciendas, así como una tradición conservadora con solera y la falta de comunicaciones con el resto del país, hicieron que la revolución fuera prácticamente inexistente a pesar de las duras condiciones de vida del campesinado (Joseph, 1992; 1993; 1994; Martínez Assad, 1994).

Como tercer elemento, se puede decir que los líderes revolucionarios de Chihuahua tienen una importancia fundamental no sólo en el estado, sino en el país en su conjunto, para el triunfo de la revolución contra la dictadura de Díaz y los afanes restauradores de Huerta. En cambio Yucatán y Tabasco son estados a los que fueron enviados los procónsules carrancistas Alvarado (sinaloense destacado por su lucha en Sonora) y Múgica (de Michoacán) para llevar la Revolución a estos estados, aunque cabe destacar que en comparación con los yucatecos, los tabasqueños contaban con liderazgos locales revolucionarios relativamente fuertes. Michoacán, con algunos líderes importantes a escala nacional o local juegan en general papeles de menor importancia que los chihuahuenses; si bien, los michoacanos Lázaro Cárdenas y, en menor grado, Ortiz Rubio y Múgica serán líderes importantes en el ámbito nacional durante las décadas siguientes dentro de los regímenes posrevolucionarios.

Este recuento, si bien no exhaustivo, es significativo para mostrar las divisiones políticas que estallan en cada uno de los estados durante el movimiento armado. De tal suerte que en los procesos electorales locales de 1911-1912, Michoacán muestra una apretada lucha entre los liberales con raíces agraristas y los conservadores que, agrupados en el Partido Católico Nacional, pierden frente a los primeros por un margen estrecho; en Tabasco triunfa uno de los dos bandos liberales, el ala moderada del *maderismo* en el estado. Por otra parte, Chihuahua se muestra liberal haciendo frente al terracismo cuyo jefe hubo de salir del Estado en 1913 y Yucatán se debate entre un tibio liberalismo y la retirada temporal de las élites económicas de la escena política.

Visto en retrospectiva, puede decirse que estas divisiones permanecerán mucho tiempo después del término de la revolución, aunque la hegemonía priista pareciera disimularlas por largos periodos. Así, y bajo distintas modalidades o etiquetas, en Michoacán convivirán el agrarismo y el catolicismo militante, Tabasco mantendrá su rivalidad entre bandos liberales, Yucatán seguirá mostrando su conservadurismo y anticentralismo, ésta última cualidad compartida con Chihuahua que por otro lado continuará siendo más bien liberal aunque con buena parte de las élites más plegadas al conservadurismo.

En los años veinte empezaron a llevarse a cabo los variados proyectos ‘revolucionarios’ en los cuatro estados. Tabasco y Yucatán fueron testigos de la

implementación de un planteamiento de corte socialista. Múgica en Tabasco y Alvarado en Yucatán, de alguna forma, habían puesto las bases para la profundización de sendos proyectos (Martínez Assad, 1994:498), mismos que llevarían a cabo respectivamente Tomás Garrido Canabal y Felipe Carrillo Puerto con resultados diferentes. Así, mientras que el *garridismo* tuvo un impacto profundo en la cultura política de Tabasco, la obra de Carrillo Puerto fue revertida con cierta facilidad en los años siguientes a 1924, fecha en la que es asesinado. Michoacán alternó entre gobiernos con propósitos agraristas, crecientemente apoyados en las ligas agrarias locales, del tipo de Múgica entre 1920 y 1922 o Lázaro Cárdenas de 1928 a 1932 y regímenes más moderados como el de Pascual Ortiz Rubio (1917-1920), Sánchez Pineda (1922-1924) y Enrique Ramírez⁹ (1924-1928). Con Villa derrotado y retirado desde 1920, en Chihuahua los gobiernos de Ignacio Enríquez (1920-1924), Almeida (1924-1927) y el desfile de seis gobernadores entre 1927 y 1932 parecían poco dispuestos a permitir el reparto de tierra ejidal (Aboities, 1996).

3. La impronta de los gobiernos posrevolucionarios.

Puede decirse que con la excepción parcial de Chihuahua, durante los años veinte y parte de los treinta del siglo pasado, los gobiernos emanados de la revolución pusieron en marcha planes progresistas para institucionalizar las líneas de conflicto que pudieran resultar ventajosas tanto para las élites progresistas, en el sentido de fortalecer esa identidad política entre la población amén de acrecentar la influencia de su corriente ideológica, como para los segmentos de la sociedad más vulnerables que buscaban representación.

En Michoacán, Tabasco y Yucatán se impulsan proyectos progresistas más o menos radicales, que en el caso de los dos primeros estados tienen sus mejores resultados al lograr reafirmar corrientes políticas que se habían manifestado durante la revolución, pero que contaban con una rica tradición. Ambos gobiernos alentaron la incursión de liderazgos medios que robustecieran el proyecto político y que al mismo tiempo se anclaban en la cultura política.

Tabasco logró con la creación del Partido Socialista Radical Tabasqueño y las distintas agrupaciones en torno a la Liga Central de Resistencia fortalecer el liberalismo jacobino que por lo demás estaba latente en la sociedad y se había hecho evidente durante la revolución. Sin embargo, en Michoacán no sólo el agrarismo tenía antecedentes, complementariamente se

⁹ Ochoa y Sánchez, 2003:224

encontraba enraizado un conservadurismo de forma que durante la fase armada revolucionaria “fue proverbial el odio a los carrancistas rapaces y anticlericales” (Knight 1993:80-81) y más tarde hubo importantes contingentes de michoacanos en la guerra cristera. En el caso yucateco, el arraigado conservadurismo popular y una hacendocracia fortísima, trataron de ser desterrados o al menos equilibrados por la élite radical de izquierda en favor de la configuración de un movimiento político alternativo encarnado en el PSSE. El poco tiempo de la gestión socialista, que no permitió crear una organización autónoma, combinada con la fortaleza del conservadurismo, del cual la élite henequenera en alianza con la Iglesia católica fueron pilares fundamentales, sellaron la suerte del experimento. La falta de un gobierno palmariamente radical en Chihuahua se debe en parte a que ninguno de los fuertes liderazgos populares surgidos en la revolución (maderista, orozquista o villista) consiguieron prevalecer al término del movimiento armado. Lo anterior provocó un vacío de poder con arraigo popular en la escena local al tiempo que una influencia desproporcionada del gobierno central; vacío que se refleja en la inestabilidad y moderación (en general) de los gobiernos locales hasta la llegada de Quevedo (Meyer, 1986:291-292).

Por otra parte, las iniciativas de los gobiernos posrevolucionarios estatales se inscriben también dentro de la lógica nacional y la fuerza que el gobierno central va ganando frente a los locales. Los cuatro estados manifestaron en alguna medida su deseo de autonomía del centro, en Chihuahua se manifiesta en la lucha armada, Michoacán con Múgica y Cárdenas, Tabasco con Garrido y Yucatán contra la revolución y, más adelante, frente al *cardenismo*. El anticentralismo es más evidente en Chihuahua y Yucatán, seguidos de Tabasco y por último Michoacán. Paradójicamente en Chihuahua es donde primero se quiebra el anticentralismo con los gobiernos locales carrancistas y obregonistas, a partir de los cuales el sentimiento contra el gobierno y decisiones centrales permanecerá en estado de latencia. En Yucatán, la predisposición contra el gobierno federal se manifiesta tanto con la llegada de Alvarado como con la reforma agraria de Cárdenas, aunque mientras lograron obtenerse ventajas de la alianza entre élites locales con las nacionales la combatividad local bajó de intensidad. Michoacán fue construyendo organizaciones locales con Múgica para defenderse y con Cárdenas para incrementar su autonomía y consolidar su poder, aunque a la postre será el propio Michoacán laboratorio y cuna de la institucionalización definitiva del régimen nacional posrevolucionario. Con esto, se limitó un potencial sentimiento michoacano contra el centro. Finalmente Tabasco cuyo anticentralismo se debía en parte a la falta de comunicaciones con el centro del país, fue alentado con la organización política que logró Garrido en catorce años de manejo del estado. No obstante, por una lado el *garridismo* se apoyaba en la permisividad

del gobierno de Obregón y sobre todo de su alianza con el *callismo*, que a su caída firmó también la suerte del *-ismo* local, y por otro lado aunque con reticencias el Partido Socialista Radical Tabasqueño fue poco a poco mimetizándose con por el PNR hasta desaparecer.

4. La importancia de las instituciones en los estados durante el México posrevolucionario.

En este apartado se da una panorámica general, esquemática, de las instituciones y la forma en que éstas fueron modificándose e interactuando con los líderes y ciudadanos. Es verdad que el conservadurismo o el liberalismo de los estados vienen dados hasta cierto punto por la tradición, pero hacía falta que alguien los organizara y representase (o los intentara modificar), por lo que se realza el valor de las instituciones.

En esta estela puede decirse, a grandes rasgos, que en Chihuahua la intensidad de la lucha armada barrió la estructura de poder local, pero al mismo tiempo dejó sin líderes que pudieran encarnar e institucionalizar, con apoyo popular, alguna de las corrientes políticas que se habían manifestado. La revolución había sido derrotada en Chihuahua. De ahí la falta de un gobierno radical y el vacío de poder. Uno de los hombres progresistas del estado, Luis L. León, fue fundador del PNR y ‘descuidó’ su ascendencia en el estado. En Michoacán y Tabasco, estados comparativamente menos afectados por la revolución, pudieron configurarse organizaciones sociales (ligas y partidos) que alentaron el fortalecimiento y continuidad de las líneas de conflicto. El Partido Radical Socialista Tabasqueño fue uno de los últimos partidos regionales que se subordinó a la estructura del PNR (Garrido, 1991) al igual que las Ligas de Resistencia del estado. Ciertamente esto se debió al control que ejerció una persona, Garrido Canabal, sobre el estado; pero esto indica también que la tendencia jacobina se estaba institucionalizando en la entidad (luego de que el régimen anterior había caído) al punto de que Cárdenas lo tomara de ejemplo en 1934, en una gira previa a tomar el poder central, al decir que Tabasco era El laboratorio de la Revolución (Martínez Assad, 1979; 1996). Múgica y Cárdenas lograron una buena articulación de intereses alrededor de diferentes partidos, grupos y Ligas que ulteriormente serán tomadas como modelo por el propio Cárdenas para la institucionalización corporativista del régimen político nacional posrevolucionario. En Yucatán la organización de Ligas alrededor del PSSE tuvo un éxito relativo en virtud de la poca duración del experimento radical; por otra parte, sin embargo, lo que quedó del partido no pudo ser destruido rápidamente de forma que Obregón impuso a un allegado en la dirección y posteriormente fue canibalizado por algunos de los grupos de poder contra los cuales se había creado el PSSE.

La iglesia católica, más fuerte en Michoacán, Yucatán o Chihuahua que en Tabasco, se expresó en consecuencia pudiendo defenderse mejor de la embestida jacobina en los tres primeros estados que en la tierra de Garrido. Por ejemplo, independientemente del alcance de la persecución religiosa que en Michoacán fue moderada en comparación con lo que sucedía en Tabasco, en el primer caso estalla la rebelión cristera ferozmente y en el otro su impacto es prácticamente nulo.

Los dos párrafos precedentes, no obstante indicarían que los líderes y las tradiciones liberales o conservadoras de los estados juegan un papel de primer nivel, lo cual hablaría de la escasa importancia de las instituciones en estos procesos. Sin embargo no hay que perder de vista que, como es evidente, en los gobiernos posrevolucionarios locales se están dando los primeros pasos hacia la institucionalización de un nuevo orden político, tras la caída del viejo, por lo que son los actores surgidos quienes crearán nuevas instituciones para intentar moldear las identidades políticas, y en estos casos los liderazgos y la cultura política adquieren un peso desproporcionado. En ese momento, el contexto está por configurarse y la construcción de redes es fundamental para ello; de ahí la importancia de los actores.

Si como argumentan Carmines y Huckfeldt (2001:340, 342-343) la influencia del contexto trasciende la capacidad del ciudadano para la autoselección, en un momento en el que el contexto era modificable, la capacidad de autoselección se incrementa y por tanto la institucionalización de las identidades políticas a través de la construcción de redes fue “el producto de una intersección entre el contexto social externamente impuesto [*por los caudillos o relativamente abierto por la desaparición del orden monolítico*] y la propia preferencia... [*basada en las tradiciones*] del ciudadano” puesto que el contexto actúa como constrictor [*o punto de referencia*] de las preferencias individuales de los ciudadanos. Lo anterior, en un marco en que los efectos del contexto [*a moldear por líderes y tradiciones*] se incrementan.

La reconstrucción institucional del país empezó por los estados¹⁰, aunque en el ámbito federal habría de empezar a darse este proceso hasta la constitución del PNR en 1929 y la centralización de los sindicatos obreros y campesinos, ligados al propio partido, en los años posteriores. Hasta entonces, las nacientes instituciones locales (partidos, ligas, sindicatos y demás) dependían tanto de la fuerza del líder local como del presidente de la República, sin cuyo apoyo, era difícil sostenerse. Aún así, las jóvenes instituciones locales lograron cierta

¹⁰ Paoli (1984) y Martínez Assad (1979) encuentran elementos en los gobiernos de Alvarado (en Yucatán) y Garrido (en Tabasco) que posteriormente, y en diferentes grados, fueron llevados a la práctica por sucesivos gobiernos federales priistas.

autonomía que limitaba el poder de un gobierno central apoyado en el ejército y en algunas alianzas informales, y hacía potencialmente ‘riesgosos’ a los líderes regionales por la notoriedad que, en algún grado, alcanzaban por sí mismos. Así, ante la necesidad de fortalecer el poder central y pese a las loas de Cárdenas al Tabasco de Garrido, o la importancia que el *cardenismo* había dado en un principio a las organizaciones michoacanas independientes del gobierno central cuando fue gobernador de Michoacán, la visibilidad que seguían teniendo algunos caciques locales limitaban la institucionalización del poder central. De hecho, es hasta la vertebración de instituciones centrales que el país encuentra la estabilidad política, al costo de la autonomía de las regiones y la democracia de la vida pública.

Ahora bien, paulatinamente los partidos locales fueron relevados por la creciente fuerza de la maquinaria del partido oficial, lo cual sustituiría hasta cierto punto el peso de los liderazgos locales. Sin embargo, algunos de estos liderazgos locales, a menudo con el apoyo del presidente pero también por la propia fuerza de los líderes en las regiones, se infiltrarían en el partido oficial para seguir detentando su influencia regional. El gran poder que fue obteniendo la institución presidencial hacía que los caciques locales en general tuvieran que disciplinarse a las directrices del partido, pero contaban con medios para luchar dentro del partido. Por otra parte, algunos de los organismos creados en las entidades, que luego se integrarían en las ligas y confederaciones nacionales dependientes del PRM, tuvieron algún grado de continuidad que les permitió, pese a la manipulación o corrupción de la que fueron objeto, mantener arraigo en las distintas regiones.

Interesa subrayar dos aspectos: el primero es que las instituciones y su reconfiguración fueron fundamentales para la estabilidad política, del país en general y de los estados en particular, entre el término de la revolución y la presidencia de Lázaro Cárdenas en la segunda mitad de los años treinta. Sin la presencia y andadura de los partidos Socialista del Sureste, Radical Socialista Tabasqueño, Socialista Michoacano y las organizaciones obreras y campesinas o bien la ausencia de un partido u organización de características similares en Chihuahua, no se entiende el ascendiente de cierto tipo de liderazgos y corrientes políticas en los años veinte y treinta. De la misma forma que sin el PNR es difícil prever la estabilidad política nacional y la fuerza de los presidentes. El segundo punto es que de acuerdo con la vertiente histórica del institucionalismo, las instituciones formales, al restringir o incentivar la movilización política, se constituyen en “fuerzas sociales por sí mismas” sin ser simples espejos de la estructura social y sus intereses antagónicos; y por otra parte la estructura del sistema político puede estar determinada en buena medida por la forma que había adoptado el Estado en momentos puntuales, en los que actores o instituciones incorporan el reparto de

incentivos para solventar los problemas de acción colectiva (a partir de la revisión de Rothstein, 2001:210-214, Lipset y Rokkan, 1967; Bartolini, 2000). De esta forma, la adopción de un determinado tipo de instituciones en un primer momento, el de (re) construcción del ámbito político, impacta en las opciones políticas que de encontrar eco en la sociedad van configurando las identidades políticas.

Dicho esto, es conveniente apuntar que no se debe inferir de estos argumentos que, en virtud de las modalidades institucionales adoptadas en una primera instancia, el cambio sea imposible. Después de todo entre 1920 y 1990 el país presencié una transformación extraordinaria en todos sus órdenes, lo que se pretende poner de relevancia es que se puede encontrar un hilo conductor entre la elección (u omisión de elección), en los momentos fundacionales, de instituciones, que con más o menos fortuna siguieron, y la acera por la que se dará el crecimiento de la oposición en los años ochenta y noventa del siglo pasado.

5. Algunas reflexiones sobre los movimientos sociales de los sesenta y setenta en Chihuahua, Michoacán, Tabasco y Yucatán.

Entre mediados de los sesenta y el primer lustro de los setenta puede decirse que las instituciones de gobierno fueron puestas a prueba por la emergencia de movimientos progresistas más o menos radicales que, teniendo como interlocutor al Estado, pretendían el reconocimiento de cierta autonomía frente a éste. Es en el estado de Chihuahua, seguido de Yucatán, donde se desarrolla el movimiento que involucra a más actores organizados para exigir al gobierno la apertura de nuevos canales de expresión y contestación política. Comparativamente en Tabasco y Michoacán los movimientos no trascienden un ámbito, por lo que atomizadas las demandas de autonomía tienden a diluirse más fácilmente

Así, independientemente de su combatividad, allá donde los movimientos sociales, vertebrados desde el estudiantado, abarcaron y organizaron a un mayor número de actores, la derrota fue más dolorosa. De tal suerte que en Chihuahua y Yucatán la represión del Estado y sus aliados desarticula un movimiento que, en virtud de los liderazgos progresistas que había en su seno, hubiera podido conformar posteriormente una base que sirviera como punto de partida a una alternativa de izquierda. En contraste con Tabasco o Michoacán, donde la limitada vinculación que se tenía desde el movimiento estudiantil con otros actores, permitió que a pesar de la represión pudieran recomponerse las relaciones entre los actores (la universidad, los movimientos urbanos o campesinos) y los gobiernos locales dejando relativamente vivas, aunque silenciadas, las posiciones progresistas y contestatarias dentro de ambas entidades. Paradójicamente al haberse controlado por separado los focos de

contestación sin necesidad de aniquilarlos, Michoacán y Tabasco conservaron el potencial para en el futuro vincularse a una propuesta partidista de izquierda. Además de que el Estado deja relativamente ‘vivos’ los movimientos de Michoacán y Tabasco, las movilizaciones en ambos estados, aunque intermitentes, se prolongan desde la segunda mitad de los setenta y durante los años ochenta, conservándose de esta manera el caldo de cultivo para una vinculación con una alternativa de izquierda que surgirá a fines de la década.

Por otro lado, las expresiones más radicales del descontento, encarnadas en los movimientos guerrilleros de Chihuahua, Michoacán y Tabasco, no estaban interesados por la vía electoral. En realidad la izquierda mexicana en su conjunto manejaba en la época un discurso antielectoralista que en el PCM tomaba el nombre de “abstencionismo activo y que defendía que las elecciones creaban ilusiones, no resolvían problemas y si legitimaban al sistema”.¹¹ Los movimientos más complejos de Chihuahua y Yucatán, cuya dirigencia estaba influida o conformada por gente ya del PCM ya de la izquierda independiente, en su momento de mayor auge estaban concentrados en las reivindicaciones que -económicas, autonómicas, sindicales o democráticas- no pasaban por las elecciones en las urnas. Incluso algunos grupos del CDP chihuahuense o el Frente yucateco, buscaban que la desembocadura de los movimientos fuera la revolución proletaria, la instauración del socialismo científico o al menos en el movimiento de masas del futuro.¹² Visto a la distancia, la no incursión de estos movimientos en las justas electorales de la época impidió la adopción de un programa mínimo que diera cierta coherencia interna y permitiera cierto grado de institucionalización en las organizaciones. De esta forma, los caudillismos persistieron y tras el reflujo de los movimientos (por la represión u hostigamiento en su contra, la división en la dirigencia ante la diversidad de intereses de un frente que crecía rápidamente, las derrotas o la propia decisión de replegarse), la fortaleza potencial de una alternativa de izquierda disminuyó considerablemente o desapareció. En los casos de Tabasco y Michoacán es factible pensar que no se plantea el dilema entre participar o no en la lucha electoral de forma autónoma al PRI, al fin y al cabo los movimientos en estos estados, en general, no trascendieron un ámbito ni tuvieron la fuerza (o por lo menos la espectacularidad) de sus similares de Chihuahua o Yucatán.

En resumen, y visto en retrospectiva, la importancia y alcance de los movimientos sociales de la época en los cuatro estados será menos importante que su incidencia en las

¹¹ Entrevista con Antonio Becerra Gaytán en enero de 2001.

¹² Esta es una percepción general que se desprende de la bibliografía que aborda los movimientos tanto en Chihuahua como en Yucatán.

instituciones del Estado. De forma que la fuerza de las instituciones del Estado por un lado y la incapacidad de los movimientos más amplios, en buena medida comandados por la izquierda, para generar una organización que pudiera autoperpetuarse por el otro, obstruyeron el camino de la izquierda en Chihuahua y Yucatán y se lo abrieron al PAN. En contraste con Michoacán y Tabasco, donde la relativa atomización de los movimientos contestatarios de izquierda les permitirá sobrevivir y, a algunos de ellos, encontrar cauce más tarde en una alternativa de izquierda.

6. La estructuración de la competencia política en los cuatro escenarios locales.

6.1. Las alianzas antiautoritarias.

Es difícil resumir las lógicas políticas de cada estado en un esquema, sin embargo en términos generales puede decirse que para la formación de alianzas contra la hegemonía del PRI en los cuatro estados se destacan dos rasgos.

El primero se refiere a la lógica de la competencia electoral según la cual, en los casos de Michoacán y Tabasco, el inesperado avance de la oposición se da por la izquierda a partir de la elección federal de 1988, con la renovación del presidente de la República, Senadores y Diputados Federales, en torno a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas. En cambio en Chihuahua y Yucatán, el crecimiento de la oposición se da por la vía del PAN a partir de elecciones que no tienen relación directa con alguna lógica derivada del fortalecimiento panista en el ámbito federal. El segundo elemento a tomar en cuenta es que hay en los cuatro estados una elección fundacional, a partir de la cual se polarizan las opciones electorales entre el PRI por un lado y el PRD o el PAN por el otro. En Chihuahua la elección local de 1986, en Michoacán la de 1989, Tabasco en 1991 y Yucatán en la elección local de 1993. En los cuatro casos la elección previa a la fundacional representó la gran sorpresa de la oposición o elección crítica¹³ (las locales de Chihuahua en 1983 para renovar el congreso local y los ayuntamientos, las federales de 1988 en Michoacán, las federales y locales de 1988 en Tabasco, y la elección local de 1990 en Yucatán), pero es partir de la siguiente elección, en la que el PRI tras verse sorprendido por el avance opositor, intenta por todos los medios recuperarse, al tiempo que la oposición trata de reafirmarse, lo cual polariza políticamente la entidad federativa.

¹³ De acuerdo con Linz y Montero (2002:156) “*critical elections, that is, elections which produce a substantial and lasting change in the existing electoral alignments*” que puede traducirse como “las elecciones críticas, esto es, elecciones que producen un cambio sustancial y duradero en los alineamientos electorales existentes”. La traducción es mía

De acuerdo con los cinco pasos analíticos que Bartolini (2000) deriva de Rokkan (1970), puede entenderse que para la década de los ochenta: 1) la generación de oposiciones (de intereses o concepciones del mundo) ocasionada por el proceso de modernización estaba latente tanto en las élites políticas (al interior del PRI donde se alejaban los grupos de derecha de los de izquierda, y ambos del PAN, donde las élites empresariales empezaban a ganar peso), como en la población que se había organizado en movimientos sociales en los cuatro estados y protagonizado algunas disputas electorales importantes. En consecuencia quedan por explicar 2) la cristalización de oposiciones que viene dada por la crisis económica y política de la década, haciendo que las élites se decanten por paquetes de políticas públicas distintas ante la irritación ciudadana. 3) la emergencia de líderes políticos que movilizan el apoyo, 4) las estrategias de movilización de apoyo por parte de los líderes y 5) la arena elegida para la confrontación de los recursos movilizados.

6.2. Antecedentes de la emergencia de líderes políticos opositores. La cristalización de oposiciones.

A partir de la crisis de 1982, los empresarios y la iglesia reaccionaron con alarma y vieron en esta coyuntura la posibilidad de incrementar su influencia política.¹⁴ Por otra parte, el gobierno empezó a llevar a cabo un proceso de reducción del tamaño del Estado y de descentralización. Este hecho se traduciría en la paulatina pérdida de fuerza del intervencionismo económico estatal y de control político del PRI por un lado y en la centralidad que iría ganando el municipio a desde 1983 al que la ley otorgaba nuevas facultades fiscales por otro.¹⁵

El proceso de liberalización económica le dio a los empresarios cierta autonomía frente al Estado ya que, al irse reduciendo el papel central de éste en la economía, la iniciativa privada adquiere nueva relevancia.¹⁶ La reprivatización de la banca y la implementación de medidas neoliberales en el campo económico iniciadas durante el gobierno de Miguel De la Madrid que de alguna forma volvieron a armonizar sus relaciones con el Estado. No obstante, los empresarios medianos y pequeños continuaron haciendo de la política partidista una actividad complementaria a la empresarial. Por otra parte, la liberalización económica

¹⁴ Loaeza (1999:350)

¹⁵ Loaeza (1999:347-348)

¹⁶ “el nuevo modelo [económico] privilegia la conformación de regiones económicas por encima de la supuesta homogeneidad de las economías nacionales, lo que ha venido a asignarle una importancia fundamental a las trayectorias históricas de las regiones [...] y viene a dinamizar el regionalismo como un factor importante de la dinámica económica del nuevo modelo” Arroyo Galván (1995:43)

emprendida por el gobierno para estabilizar la situación económica hizo levantar las voces disidentes al interior del PRI; reclamos que, tras la petición del cambio en el mecanismo de selección del candidato a la presidencia de la República con ocasión de la sucesión presidencial de 1988, se convierten en un desprendimiento del partido del gobierno en 1987 y una aceleración de la liberalización política.

Por su parte los ciudadanos, pasada la coyuntura de crisis económica y política, se mostraron cada vez más críticos a la hora de emitir su voto, afianzando sus lealtades hacia los partidos opositores, específicamente hacia el PAN en Chihuahua, al PRD en Michoacán y Tabasco y al PAN en Yucatán dejando al resto de los partidos con menor capacidad de maniobra y convocatoria.

6.3. La emergencia de liderazgos políticos de oposición en los estados. Tradición panista y escisión priista.

Las elecciones críticas, como se apunta en el epígrafe 6.1, se montan sobre ventanas de oportunidad política que se abren en fechas diferentes en los cuatro estados. En Chihuahua es aprovechada por el PAN en 1983 cuando sorprende ganando las alcaldías de Ciudad Juárez y Chihuahua así como otros municipios de importancia como Delicias, Parral y Camargo. En Yucatán, Mérida le da al PAN una diputación federal en 1988 y la alcaldía del municipio en 1990, año en el que el panismo gana entre otros municipios el de Tizimín, segundo municipio más poblado de la entidad, y obtiene altas votaciones en el tercer ayuntamiento más importante, Valladolid (Montalvo y Vallado, 1997:139). También en Michoacán el PAN pudo alcanzar triunfos durante la década de los ochenta en Zacapu (1980), Uruapan (1983) y Zamora (1983 y 1986) -éstos dos últimos segundo y tercer municipio más grandes del estado situados en el occidente michoacano, presentando además importantes votaciones en Morelia, capital del estado, y en Sahuayo (Zepeda, 1990:107). No obstante, en Michoacán se empezaba a gestar una fuerte escisión dentro del PRI que, por la vía del FDN primero y del PRD después, cambiaría el escenario político local a partir de 1988. En la elección federal de 1988, el FDN gana en Michoacán la votación para presidente de la República, las dos senadurías y doce de las trece diputaciones federales de mayoría. Por su parte, a partir de julio de 1988 Tabasco olvida su homogeneidad priista cuando el FDN logra cerca del 20% de los votos en la elección federal, situación que se repite en noviembre de ese mismo año cuando en las elecciones para gobernador, alcaldes y diputados locales, la izquierda supera ligeramente el

20% de la votación logrando además ganar la alcaldía de Paraíso.¹⁷ Para ubicar geográficamente los estados y, dentro de estos, los distintos municipios ver anexos tal y cual 0.i, 0.ii, 0.iii, 0.iv y 0.v.

El repentino ascenso de la oposición en los cuatro estados era sorprendente, pero ni es casual ni se produce por generación espontánea. En los cuatro estados había influyentes aliados potenciales para apoyar nuevos liderazgos políticos así como antecedentes institucionales y culturales. Faltaba una coyuntura para que se alienaran líderes políticos opositores y aliados que, descansando en los historiales culturales e institucionales del estado en cuestión, pudieran (re) construir una alternativa viable distinta al PRI.

En todo caso caso, de las cuatro elecciones críticas surgen liderazgos de oposición que se irán consolidando. Francisco Barrio en Chihuahua, Ana Rosa Payán en Yucatán, Cristóbal Arias Solís y Roberto Robles Garnica amparados en el *neocardenismo* michoacano y Andrés Manuel López Obrador en Tabasco. En 1986 Barrio abandera al panismo chihuahuense en la carrera por la el gobierno del estado, Ana Rosa Payán es la candidata del PAN a la gubernatura para la elección de 1993 en Yucatán, Cristóbal Arias es en 1992 el candidato del PRD para el ejecutivo estatal de Michoacán y Andrés Manuel López Obrador emprende, como líder del PRD tabasqueño, una marcha hacia la ciudad de México llamada “Éxodo por la Democracia” después de las irregularidades de los comicios locales para renovar alcaldes en 1991 además de repetir como candidato, ahora del PRD, a gobernador de Tabasco en 1994. Ninguna de las cuatro candidaturas opositoras para gobernador tiene éxito en las justas electorales, marcadas todas ellas por la sombra del fraude electoral. Sin embargo, estas elecciones confirman la implantación de los partidos de oposición en los cuatro estados y a menudo, como se verá más adelante, polarizando las opciones electorales.

6.4. La polarización política a partir de elecciones críticas.

Los episodios de confrontación político electoral, de las elecciones críticas y las fundacionales, marcaron un punto de no retorno en los cuatro estados, a partir del cual la oposición seguiría afianzándose en los estados y tendió a concentrar la competencia política entre dos fuerzas políticas, configurándose de esta forma los sistemas de partidos locales en Chihuahua, Michoacán, Tabasco y Yucatán. Con la polarización política que se va gestando entre la elección crítica y la fundacional de cada estado, el partido que encabezó la mayor amenaza contra el PRI tendió, por una parte, a reducir la disponibilidad de potenciales aliados

¹⁷ Para la elección federal de 1988 se usaron las cifras de Gómez-Tagle (1997)

locales al otro partido de oposición importante en el ámbito nacional, y por otra se erigió regionalmente en el partido que podría en un futuro cercano lograr la alternancia en el poder local contribuyendo de esta forma al cambio democrático. Así, en términos generales, los partidos que en estas coyunturas se posicionaron de manera clara como el cauce ‘natural’ del cambio, se convirtieron en emergentes polos de gravedad política, capaces de atraer actores y votantes que hasta hacia poco orbitaban mayoritariamente alrededor del PRI.

Lo anterior es importante porque en principio, y casi sin excepciones, “los partidos que pudieron establecer organizaciones de masas y afianzarse en las estructuras de gobiernos locales antes del empujón final hacia la movilización política plena, han probado ser más viables” en Europa (Lipset y Rokkan, 1967:51). Adicionalmente “las alianzas entre los *insiders* en cada momento histórico dado, tendieron a reducir las oportunidades de alianza para los nuevos partidos (*newcomers*)”. Más específicamente para la izquierda europea, “cuando el mayor impulso de dislocación social y ocupacional en la fuerza de trabajo, determinado por la industrialización y urbanización, ocurrió paralelamente al desarrollo organizacional de los partidos socialistas y la concesión del voto, los partidos socialistas pudieron capitalizar tal transformación. En contraste, cuando el efecto de la dislocación social y ocupacional ocurrió antes de la organización socialista y la extensión del sufragio, la capacidad de movilización de los partidos socialistas parece haber sido menor” (Bartolini, 2000:15, 178-179). Estos hallazgos observados en Europa pueden, con algunos matices, constatarse en la trayectoria de las arenas políticas de Chihuahua, Michoacán, Tabasco y Yucatán durante los últimos tres lustros en México.

En este sentido, el PAN tuvo una mayor ‘facilidad’ para llegar a ocupar posiciones de poder importantes en el nivel regional, como fruto de varios factores, entre los que destaca su compromiso y constante presencia en los comicios desde su aparición, interrumpida pocas veces, que le valió en tres de los estados aquí estudiados (Chihuahua, Michoacán y Yucatán) la conformación de un núcleo de votantes relativamente estable que en elecciones federales de diputados promedió casi un 20% en Chihuahua, en torno al 11% en Michoacán y al 12% en Yucatán para las nueve elecciones federales celebradas entre 1961 y 1985. Mientras que Tabasco permanecía como un estado abrumadoramente priísta con un promedio por encima del 93% de votos para el PRI en el mismo período.¹⁸

Visto así, la diferencia entre los estados que al votar por la oposición apoyan al PAN y los que apoyan al PRD se deriva por un lado de la importancia de la escisión priísta que

¹⁸ Con base en las cifras de S. Gómez-Tagle (1997). En 1961 y 1976 no hubo candidatos a diputados por Yucatán en el PAN.

engrosó las filas el perredismo local en los estados, alta en Tabasco y Michoacán y baja en Yucatán o Chihuahua, y la oportunidad temporal con la que ésta llegó; y por otro lado, de la fuerza que el PAN tenía antes de la incursión del FDN-PRD en los cuatro estados. Además, comparativamente los efectos de los procesos de modernización se manifiestan más tardíamente en Michoacán y Tabasco que en Chihuahua o Yucatán, lo que le permite al PRD capitalizar política y electoralmente el descontento, patente en los movimientos sociales de los dos primeros estados. Todo esto sobre la base de unas identidades políticas regionales, presentes en la población, de las que pudieron beneficiarse las élites opositoras para allegarse simpatías.

Otro rasgo a destacar es que las protestas postelectorales, tenían como finalidad la limpieza en las elecciones para lo cual se exigía de las autoridades encargadas de organizar los procesos electorales una imparcialidad que difícilmente podía garantizar la dñada PRI-gobierno, cuyo control en la toma de decisiones al interior de los órganos electorales era evidente. La antigua apuesta del PAN por las elecciones se extendía a la izquierda, y ambos, con un creciente respaldo de la ciudadanía, encauzaban la confrontación política por la vía institucional al pedir la autonomía de los órganos electorales y concentrar sus esfuerzos en llegar al poder a través de las urnas. El tema principal de estos enfrentamientos fue exitosamente colocado en la arena política, tanto por el PAN como por el PRD, en términos de democracia, representado por la oposición, contra el autoritarismo encarnado en el PRI.

7. Conclusiones.

Varias son las reflexiones que pueden extraerse de este trabajo para explicar las diferencias en los sistemas de partidos locales en Chihuahua, Michoacán, Tabasco o Yucatán. Haciendo una analogía con el modelo que Lipset y Rokkan (1967) presentan para Europa, en México se puede decir que el punto de partida es la *Revolución Nacional* encarnada en la Revolución mexicana (1910-1930) que desencadena el proceso de integración y unificación nacional definitivo, seguida de la *Revolución Industrial*, que cobra vida con el fuerte crecimiento económico originado en la última parte de los años treinta y concluido en la década de los setenta durante el período de Industrialización por Sustitución de Importaciones, y finalmente la *Revolución Democrática*, cuyos prolegómenos pueden establecerse desde fines de los sesenta y durante la década de los años setenta, pero que se hacen evidente en términos competitivamente electorales hacia las dos últimas décadas del siglo pasado; época en la cual hay una dialéctica continua (1986-1996) entre la movilización política y el cambio en las leyes del juego electoral. En ésta última *Revolución*, las

instituciones y las tradiciones histórico-políticas de los estados demostraron tener un mejor poder explicativo que las variables socioeconómicas, mismas que actúan como un disparador de los cambios, pero que no guardan una relación causal con el color del cambio político en Chihuahua, Michoacán, Tabasco y Yucatán.

En una primera aproximación, por ejemplo, la fortaleza del PRD en los cuatro estados está fundamentalmente condicionada por el nivel de oposición que el PAN presentaba al PRI antes del nacimiento de una alternativa de izquierda y por la escisión priista en el estado analizado. Para cuando la emergente izquierda aparece en la arena pública en 1988-1989 (FDN-PRD), la andadura electoral del PAN en Chihuahua y Yucatán era ya bastante sólida, seguida de Michoacán donde el PAN tenía avances en algunas regiones y finalmente de Tabasco donde la presencia panista era prácticamente nula. En parte derivado de lo anterior, los incentivos para que algunos cuadros priistas se escindieran en las distintas entidades federativas parecen haber sido mayores ahí donde la fuerza relativa de la oposición era menor; o dicho de otra forma, los costos para abandonar el PRI disminuyen cuanto menor es la importancia electoral de la oposición en una región determinada en tanto que el ingreso a un nuevo partido, además de permitirle a los tráfugas del PRI recuperar posiciones de influencia en una nueva organización política, es potencialmente más fructífero al representarles la posibilidad de encabezar la alternativa al PRI. De ahí que los desprendimientos del PRI en Tabasco y Michoacán que nutren el PRD sean mucho más importantes que los que se suscitan en Chihuahua o Yucatán.

Por otra parte se ha insistido en la importancia que tiene la polarización de la arena política porque a partir de que en los estados uno de los partidos de oposición se convierte de forma clara en la alternativa electoral al PRI, hay una tendencia a que los aliados potenciales de la oposición fueran atraídos por el nuevo centro de gravedad política y dejara ayuno de apoyos al otro partido opositor. De esta forma, el PRD en Michoacán o Tabasco ha tenido mayores posibilidades de adoptar una lógica de competencia electoral, como la define Kitschelt (1989), en contraste con Chihuahua o Yucatán donde independientemente de que el de la Revolución Democrática tratara de adoptar un perfil competitivo, tanto la composición de su dirigencia de origen poscomunista como la ascendencia del PAN en ambos estados, impide al perredismo establecer alianzas con otros actores y atraer a sectores de la población más allá de su población de referencia.

A su vez, esto tiende a promover entre algunos sectores de la población el uso del llamado voto útil, práctica alentada además por el sistema electoral mexicano

Dado que, en general, la forma en que se presenta la polarización política en cada estado condiciona que el PRD o el PAN adopten una estrategia de competencia electoral o, por defecto, una lógica de representación de intereses, no fueron analizadas dos de las tres estrategias que plantean, por ejemplo, Méndez (2000) o Queirolo (2002) como importantes para el PSOE y el Frente Amplio uruguayo: política de afiliación y comunicación con el electorado; se examina solamente la relación del partido con otros actores, misma que se inscribe dentro de las estrategias partidistas en el sentido más amplio de Kitschelt (1989). Una política de afiliación exitosa o una comunicación efectiva con la sociedad¹⁹ pueden verse como subproductos del arraigo que han ido consiguiendo el PRD y el PAN en las distintas regiones, el cual empieza a construirse como tal a partir de coyunturas puntuales pero del que pueden rastrearse algunos elementos históricos que ayudan a entenderlo.

La importancia de los legados históricos está dentro de la segunda aproximación a las variables que ayudan a entender la disímil fortaleza del PRD y el PAN en los cuatro estados. Hundiendo sus raíces en el siglo XIX, las identidades y divisiones políticas de las cuatro entidades federativas se manifestaron en la Revolución mexicana y durante los primeros gobiernos posrevolucionarios.

Durante la Revolución mexicana se evidencian algunos de los enfrentamientos más significativos que existían tanto entre las regiones (centro-periferia) como dentro de ellas (liberales-conservadores o campo-ciudad). En esa época Chihuahua y Yucatán, de modos distintos, se enfrentan con fuerza al centro; el primero de forma destacada como vanguardia de la lucha armada y el segundo como rechazo a la misma. También Michoacán y, sobre todo, Tabasco muestran tirantez en sus relaciones con el centro, aunque debido a las fuerzas que ahí se expresan durante la revolución, estos desplantes regionales tienen un impacto limitado entre otras cosas porque ninguno de estos dos estados había sido tan belicoso como Chihuahua, ni había permanecido tan ajeno como Yucatán. Tanto Tabasco como Michoacán revivieron su regionalismo durante los primeros gobiernos posrevolucionarios, pero su calidad de estados con liderazgos vinculados a la élite de la síntesis revolucionaria fue clave para destacarse en la configuración del nuevo régimen político; y en consecuencia su anticentralismo, menos acendrado y menos popular que el de Chihuahua o Yucatán, se erosionó con cierta rapidez. Es sintomático de esta situación que en Chihuahua y Yucatán el anticentralismo haya sido capitalizado por el sempiterno discurso federalista del PAN cuando el modelo de gobierno centralista daba señales de agotamiento, mientras que en Michoacán la

¹⁹ Estrategias que, por lo demás, están en el ánimo del PRD. Entrevista con Leonel Godoy, Noviembre de 2003.

manifestación en contra de las decisiones centrales la haya encabezado Cuauhtémoc Cárdenas al final de su gobierno en contra de la políticas neoliberales del presidente Miguel de la Madrid, y en Tabasco, Roberto Madrazo haya revivido el regionalismo tabasqueño para enfrentarse directamente con el gobierno federal y así mantenerse al frente de su cuestionado mandato como gobernador. En cierto sentido la institucionalidad del régimen y su partido, el PRI, ‘cosida por dentro’ en Tabasco o Michoacán, en tanto dirigidos por líderes posrevolucionarios con vocación y probabilidades políticas nacionales, se rompió justamente en estos estados que la habían ‘suturado’ en los años veinte y treinta del siglo pasado. En contraste con Chihuahua y Yucatán, donde las ‘costuras’ de la institucionalidad del nuevo régimen quedaban expuestas en virtud de que sus élites permanecían lejos del reparto nacional y se refugiaron políticamente en la introspección regional; de ahí que fueran agentes externos (la sociedad y el PAN) quienes vinieran a romperlas.

Además del regionalismo en su vertiente anticonservadorista, el agrarismo, el liberalismo o el conservadurismo popular demostraron tener raíces profundas en los cuatro estados aquí analizados. El agrarismo y conservadurismo michoacanos, el liberalismo tabasqueño, el conservadurismo y cierto liberalismo yucatecos así como el liberalismo y cierto conservadurismo chihuahuense fueron retomados u obstaculizados por los gobiernos posrevolucionarios de cada entidad. En Michoacán fueron alentados desde los gobiernos locales que se alternaban el poder tanto el agrarismo como el conservadurismo, Garrido en Tabasco profundizó el liberalismo popular al añadirle fuertes rasgos anticlericales a su particular proyecto socialista; en Yucatán, después del fugaz intento por hacer crecer la base socialista de los primeros gobiernos posrevolucionarios, se alternaron en el poder un tibio liberalismo y un fuerte conservadurismo, mientras en Chihuahua, con la Revolución derrotada, no hubo un liderazgo que pudiera alentar, recomponer o encauzar los numerosos liderazgos liberales que habían surgido durante la lucha armada. Estas identidades políticas más o menos disimuladas durante la larga hegemonía del PRI, generalmente se mantenían al interior de éste; algunos movimientos o grupos radicales de izquierda vivían entre la semiclandestinidad, la cooptación gubernamental y la represión. Con menos frecuencia, algunos grupos inconformes se instalaban en la oposición testimonial habitualmente encabezada por el PAN.

Son estas mismas identidades políticas las que servirán de base a los partidos opositores cuando la institucionalidad del PRI-gobierno-régimen empezara a resquebrajarse. De ahí los distintos grados de arraigo del PRD o del PAN en los cuatro estados independientemente de que los partidos tengan una vida institucional respectivamente de veinte y setenta años.

La relevancia de las instituciones se inserta en una tercera aproximación explicativa que a su vez contiene a las dos anteriores. El afianzamiento, o conformación definitiva, del Estado-nación que sucede a la Revolución, concentró el poder de forma excesiva en el ejecutivo federal mediante la construcción del régimen posrevolucionario. La institucionalización del régimen que desde el Estado creó al antecesor del PRI no para buscar el poder, sino para conservarlo, al mismo tiempo que daba estabilidad al país, cerraba, o posponía indefinidamente, la vía democrática. Esto originó por un lado la hegemonía del PRI durante décadas y por otro ocultó, en buena medida artificialmente, las identidades políticas regionales. Identidades que antes de ser absorbidas por el PRI, encontraron en los gobiernos posrevolucionarios locales la posibilidad para organizarse y fortalecerse y -de alguna forma- perdurar al interior del partido oficial como en los casos de Michoacán y Tabasco; o bien tendieron a diluirse al no ser retomadas con fuerza por las élites locales que, para sobrevivir, buscaron un sincretismo entre los intereses locales y la lógica de integración nacional, relegando a segundo término la posibilidad de alentar el surgimiento de liderazgos medios a partir de las fuerzas expresadas en la lucha armada en Chihuahua o impidiendo el fortalecimiento de la corriente socialista en Yucatán que había importado la Revolución a este estado y que potencialmente permitía el crecimiento de una tendencia progresista en la sociedad yucateca. La importancia que logró alcanzar el Partido Radical Socialista Tabasqueño y las distintas organizaciones afiliadas a este, la fortaleza que lograron algunas organizaciones laborales y campesinas en Michoacán con Múgica y Cárdenas hablan de un principio de institucionalización de estas tendencias en sendos estados. En contraste con Chihuahua, donde el impulso liberal desatado por la Revolución no pudo ser encauzado puesto que en esta entidad la Revolución había sido derrotada y la corriente más liberal quedó relativamente acéfala y fragmentada; y en Yucatán, el fortalecimiento de una tendencia radical de izquierda mediante el Partido Socialista del Sureste y algunas ligas de resistencia subsidiarias, fue cortado de tajo por los conservadores intereses locales como por la necesidad del centro de reducir la autonomía de los gobiernos locales.

Esta primera integración, o -hasta cierto punto- exclusión en el caso de Chihuahua, de las identidades políticas en las instituciones no es sin embargo la piedra de toque de un destino fatal para la izquierda, con todo y que el anticentralismo latente de Chihuahua y Yucatán o los distintos grados de conservadurismo de estas entidades y de algunas regiones de Michoacán quedaran excluidas del régimen posrevolucionario y, visto a la distancia, formaran un potencial polo de oposición que más tarde será explotado por el PAN. Con el acelerado proceso de modernización, hacia fines de los sesenta y durante los años setenta en Chihuahua

y Yucatán se abre una ventana de oportunidad política para el crecimiento de la izquierda que se verá frustrada por la represión a los movimientos sociales de la época, o al menos cooptación gubernamental, y por el desinterés electoral mostrado por una izquierda radical y coyunturalmente fortalecida por los vasos comunicantes entre movimientos y actores. Esta ventana de oportunidad para el crecimiento de la izquierda será menor en Michoacán y Tabasco, donde la atomización de las demandas y los movimientos permitió un procesamiento institucional que, en aparente paradoja, los dejaba con vida al no dar una solución definitiva.

Por otra parte, en los cuatro estados la modernización provocó dislocaciones en la estructura social y política que se manifestaron de distintas maneras a partir de la crisis económica de inicios de los ochenta. Con el agotamiento del modelo económico de sustitución de importaciones, los pecios que se habían dejado al margen del pacto posrevolucionario en Chihuahua y Yucatán recibieron un acicate que les ayudó a convertirse en naves que abanderadas por el PAN encabezaron la contestación política electoral contra el PRI. En ambos estados el crecimiento del PAN hizo, en principio, las veces de válvula de escape para el descontento ciudadano (principalmente en los centros urbanos) y de otros intereses organizados (la iglesia, los empresarios) contra el gobierno culpado por la severa crisis económica al tiempo que obligaba a las élites priistas locales a reorganizarse y mantener las filas prietas para enfrentar el desafío opositor. En contraste, Tabasco y en menor grado Michoacán carecían de vías para canalizar el descontento ya que la oposición constituía un menor peligro para el gobierno; en el primer estado se hallaba confinada a algunos centros urbanos que elevaban sus votaciones hacia el PAN y en el segundo prácticamente era inexistente. Esto hizo que las divisiones dentro del PRI en el ámbito federal, exacerbadas a raíz de las decisiones que el gobierno federal toma para solventar la crisis económica y la lucha por la sucesión presidencial de 1988, añadieran presión al PRI de Michoacán o Tabasco; estados en los que por otra parte había identidades políticas subyacentes susceptibles de ser desempolvadas por la izquierda, un sector empresarial con menor peso y autonomía, en Tabasco una iglesia católica comparativamente débil, además de conflictos irresueltos de algunos movimientos sociales que, bajo liderazgos experimentados de corte progresista además de conocedores de esos problemas y oportunidades regionales, podrían configurar a través de un nuevo partido una alternativa electoral al PRI con posibilidades de éxito; Posibilidades que se convierten en probabilidades con la desbanda de importantes dirigentes y cuadros priistas hacia el PRD.

Así pues, además del sistema electoral que tiende a fomentar el bipartidismo en los estados, otras instituciones (el Estado, el PRI, la Iglesia) y la importancia de las culturas políticas y los

legados históricos regionales, han condicionado la forma en que el PRD y el PAN han podido irse incrustando en las arenas políticas de Chihuahua, Michoacán, Tabasco y Yucatán.

En definitiva, y aunque es difícil hacer una afirmación que pueda generalizarse a otros estados, habitualmente la acera por la que el cambio político se da en las regiones está condicionado más por las tradiciones políticas e histórico-culturales que por factores de índole económico estructural; si bien éstos a escala nacional dan algunas pistas para ubicar la fuerza relativa del PAN o del PRD en el país, al examinar y contrastar factores en los cuatro estados tomados para el estudio, su poder explicativo es menor comparado con las variables de índole preponderantemente política.

Bibliografía.

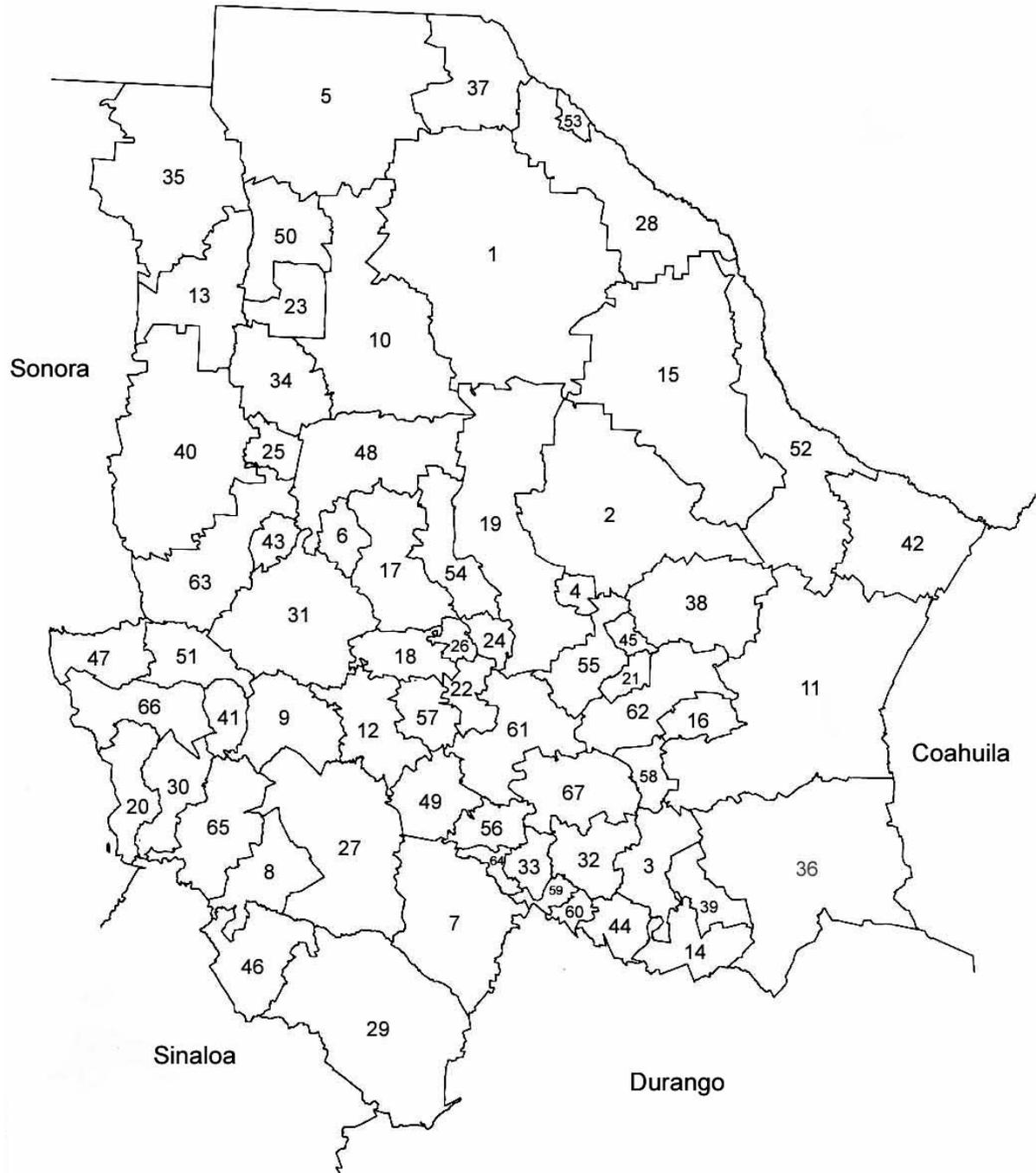
- Aboites, Luis, *Breve Historia de Chihuahua*. FCE y COLMEX, México, D.F., 1996.
- Ames, Barry, “Bases of support for Mexico’s dominant party” en. *American Political Science Review*, vol. LXIV, Marzo de 1970. pp. 153-168.
- Arroyo Galván, Manuel, “Cambio Económico y Reestructuración Regional”, en *NOÉISIS, Frontera y Región*, n° 15, año VI, julio – diciembre. UACJ. Ciudad Juárez, Chihuahua. 1995. pp. 39-69.
- Bartolini, Stefano, *The Political Mobilization of the European Left, 1860-1980. The Class Cleavage*. Cambridge University Press, Reino Unido, 2000.
- Carmines, Edward G. y Robert Huckfeldt. “Comportamiento político: una visión general”, en Robert Goodin y Hans-Dieter Klingemann, *Nuevo Manual de Ciencia Política T-1*. Ediciones Istmo, Madrid, 2001. pp. 330-331.
- Cumberland, Charles C., *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*. FCE, México, 1992.
- Dahl, Robert A., *La Poliarquía. Democratización y Oposición*. Ed. Tecnos, Madrid. 2001.
- Eisenstadt, S.N., *Modernization: Protest and Change*. Englewood Cliffs, N.J. Prentice Hall Inc. 1966.
- Garrido, Luis Javier, *El Partido de la Revolución Institucionalizada. Medio siglo de poder político en México*. Siglo veintiuno eds., México, D.F. 1982.1991?
- Gómez Tagle, Silvia, “Cambios y continuidades en la geografía del comportamiento electoral”, en Yolanda Meyemberg (coord.) *Textos de Coyuntura 1. El Dos de Julio: Reflexiones Posteriores*. IIS, UNAM et. al. México, D.F. 2001. pp. 237 - 278.
- Joseph, Gilbert M., *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos 1880-1924*. FCE, México, 1992.
- Joseph, Gilbert M., “El Caciquismo y la Revolución: Carrillo Puerto en Yucatán” en David A. Brading (comp.) *Caudillos y Campesinos en la Revolución Mexicana*. México, FCE. 1993. 239-276.
- Joseph, Gilbert M. Y Allen Wells, “Un replanteamiento de la movilización revolucionaria mexicana: los tiempos de la sublevación en Yucatán, 1909-1915, en *Historia Mexicana*, vol XLIII, n°3, ene-mar. El Colegio de México, 1994. pp. 505-543.
- Kitschelt, Herbert, *The Logics of Party Formation. Ecological politics in Belgium and West Germany*. Cornell University Press, Ithaca, Nueva York. 1989.
- Kitschelt, Herbert, Zdenja Mansfeldova, Radoslaw Markowsky y Gábor Tóka, *Post-Communist Party Systems. Competition, representation, and inter-party cooperation*. Cambridge University Press, Reino Unido, 1999.

- Klesner, Joseph, "Modernization, Economic Crisis and Electoral Alignment in Mexico", en *Estudios Mexicanos / Mexican Studies*. Vol. 9, number 2, summer of 1993 University of California Press. pp. 187-223;
- Klesner, Joseph, "The 1994 Mexican Elections: Manifestation of a Divided Society", en *Estudios Mexicanos / Mexican Studies*. Vol. 11, number 1. Winter 1995. University of California Press. pp. 137-149.
- Klesner, Joseph, *Electoral Politics and Mexico's New Party System*, documento de 1998 consultado en internet en [http:// lasa.international.pitt.edu/LASA98/klesner.pdf](http://lasa.international.pitt.edu/LASA98/klesner.pdf).
- Knight, Alan "State power and political stability in Mexico", en Neil Harvey (ed.) *Mexico Dilemmas of Transition*. The Institute of Latin American Studies et al., London, UK. 1993a . p. 29-63.
- Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Dos volúmenes. Ed. Grijalbo. México, D.F. 1996.
- Linz, Juan y Alfred Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South American, and Post-Communist Europe*. Baltimore, John Hospkins University Press. 1996.
- Linz, Juan y José Ramón Montero, "The party systems of Spain: old cleavages and new challenges", en *Party Systems and Voter Alignments Revisited*. Lauri Karvonen y Stein Kuhnle. Routledge, London. 2002. pp. 150-196
- Lipset, Seymour Martin y Rokkan, Stein, "Party Systems and Voter Alignments: An Introduction", en S. Lipset y S. Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*. The Free Press, New York, 1967
- Loaeza, Soledad, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*. FCE, México 1999
- Martínez Assad, Carlos, "Del fin del porfiriato a la Revolución en el sur-sureste de México" en *Historia Mexicana*, vol. XLIII, n°3, ene-mar. El Colegio de México, 1994. pp. 487-504
- Martínez Assad, Carlos, *Breve Historia de Tabasco*. FCE, COLMEX y FHA. México, 1996. Consultado en omega.ilce.edu.mx:3000/sites/estados/libros/tabasco/htm/tabasc.htm
- Meyer, Lorenzo, "La periferia y el centro" en *Historia de la Revolución Mexicana, 1928-1934. El conflicto social y los gobiernos del Maximato*. COLMEX. México, D.F. 1986.
- Molinar, Juan y Jeffrey Weldon, "Elecciones de 1988 en México: crisis del autoritarismo", en *Revista Mexicana de Sociología*. Año LII, n° 4, octubre - diciembre de 1990. pp. 229-262
- Ochoa Serrano, Álvaro y Gerardo Sánchez Díaz, *Breve Historia de Michoacán*. FCE y COLMEX. México, D.F. 2003.
- Orozco, Víctor, "Hitos de la historia chihuahuense", en Víctor Orozco (coord.) *Chihuahua Hoy 2003. Visiones de su historia, economía, política y cultura*. UACJ, Ciudad Juárez, Chihuahua. 2003. pp. 11-48
- Paoli, Francisco José, *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado Mexicano*. Ed. ERA, México, D.F. 1984.
- Ramos Ordanay, Rogelio, "Oposición y abstencionismo en las elecciones presidenciales, 1964-1982", en Pablo González Cassanova (ed.) *Las elecciones en México*. Ed. Era. 1983. p. 163-194.
- Rokkan, Stein, *Citizens, Election, Parties. Approaches to the Comparative Study of the Processes of Development*. Universitetsforlaget, Oslo. 1970.
- Rothstein, Bo, "Las instituciones políticas: una visión general", en Robert Goodin y Hans-Dieter Klingemann, *Nuevo Manual de Ciencia Política T-1*. Ediciones Istmo, Madrid, 2001. pp. 207-209.

- Sartori, Giovanni. *Partidos y sistemas de Partidos*. Alianza Universidad. Madrid, 1992.
- Silva Herzog, Jesús. *Breve Historia de la Revolución Mexicana*. FCE. México, D.F., 1993. T-1.
- Valdés Vega, María Eugenia, “Elecciones y marginación en México”, en Yolanda Meyenberg Leycegui (coord.) *Textos de Coyuntura 1. El dos de julio: reflexiones posteriores*, UNAM *et al*, 2001. pp. 279-303.
- Zepeda Patterson, Jorge, *Michoacán. Sociedad, Economía, Política, Cultura*. Biblioteca de las Entidades Federativas. CIICH y UNAM (eds.). México, D.F., 1990.

Anexo 0.ii
División municipal del Estado de Chihuahua

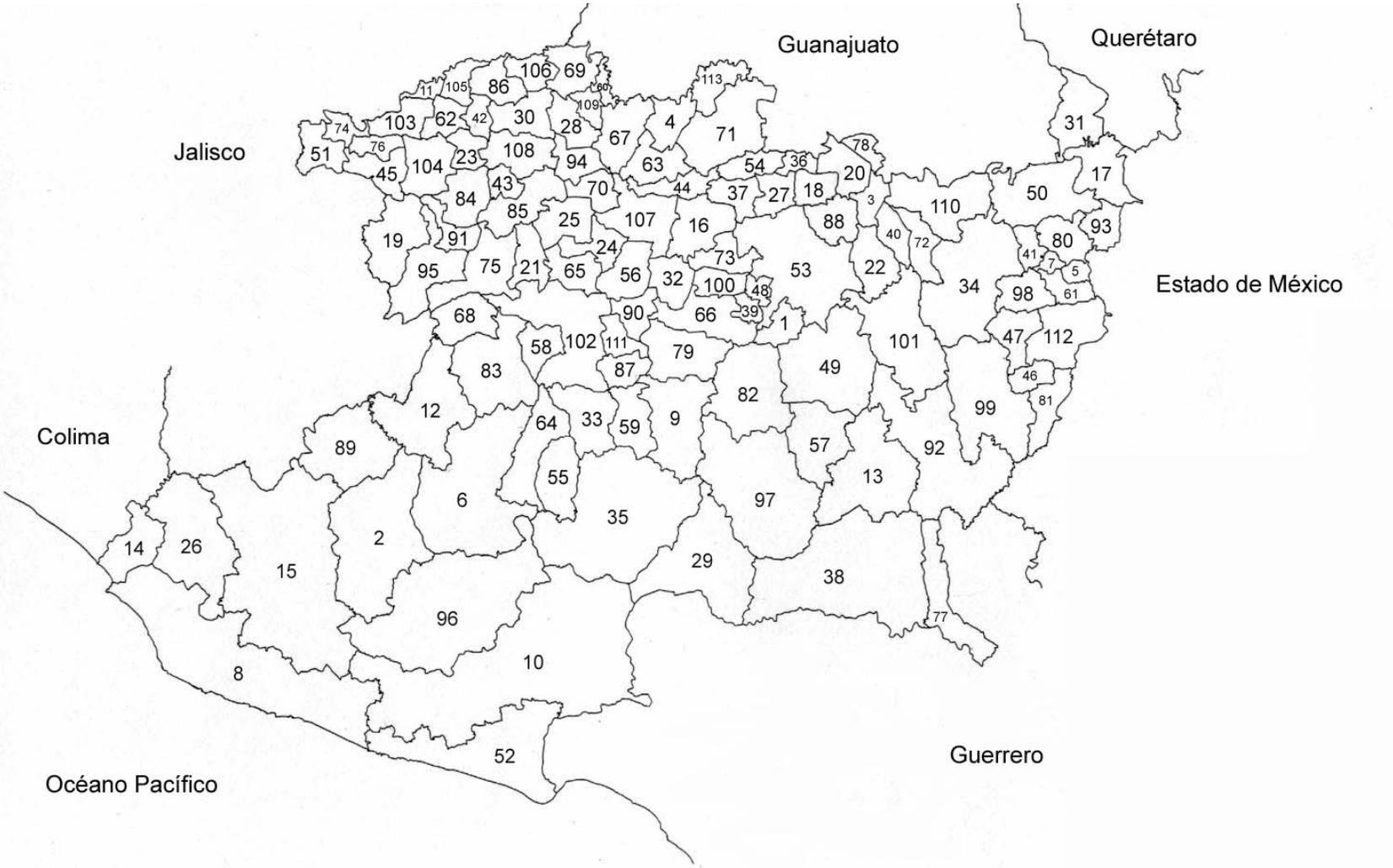
Estados Unidos de América



Municipios del Estado de Chihuahua			
Clave	Municipio	Clave	Municipio
1	Ahumada	35	Janos
2	Aldama	36	Jiménez
3	Allende	37	Juárez
4	Aquiles Serdán	38	Julimes
5	Ascensión	39	López
6	Bachíniva	40	Madera
7	Balleza	41	Maguarichi
8	Batopilas	42	Manuel Benavides
9	Bocoyna	43	Matachí
10	Buenaventura	44	Matamoros
11	Camargo	45	Meoqui
12	Carichí	46	Morelos
13	Casas Grandes	47	Moris
14	Coronado	48	Namiquipa
15	Coyame del Sotol	49	Nonoava
16	Cruz, La	50	Nuevo Casas Grandes
17	Cuauhtémoc	51	Ocampo
18	Cusihuirachi	52	Ojinaga
19	Chihuahua	53	Praxedis G. Guerrero
20	Chínipas	54	Riva Palacio
21	Delicias	55	Rosales
22	Dr. Belisario Domínguez	56	Rosario
23	Galeana	57	San Francisco de Borja
24	Santa Isabel	58	San Francisco de Conchos
25	Gómez Farías	59	San Francisco del Oro
26	Gran Morelos	60	Santa Bárbara
27	Guachochi	61	Satevó
28	Guadalupe	62	Saucillo
29	Guadalupe y Calvo	63	Temósachi
30	Guazapares	64	Tule, El
31	Guerrero	65	Urique
32	Hidalgo del Parral	66	Uruachi
33	Huejotitán	67	Valle de Zaragoza
34	Ignacio Zaragoza		

Fuente: INEGI 2000.

Anexo 0.iii División Municipal del Estado de Michoacán

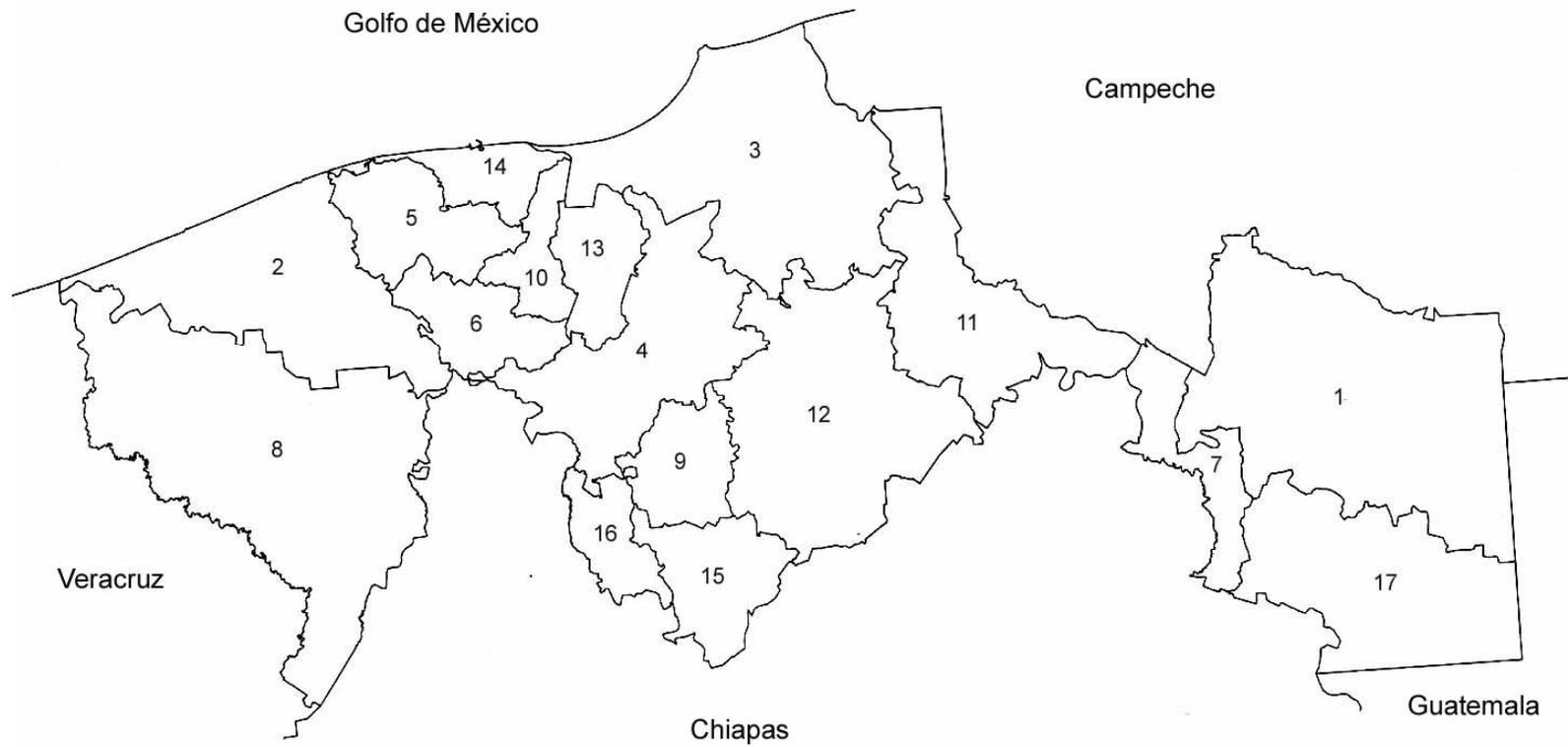


Municipios del Estado de Michoacán

Clave	Municipio	Clave	Municipio	Clave	Municipio	Clave	Municipio
1	Acuitzio	33	Gabriel Zamora	65	Paracho	97	Turicato
2	Aguililla	34	Hidalgo	66	Pátzcuaro	98	Tuxpan
3	Alvaro Obregón	35	Huacana, La	67	Penjamillo	99	Tuzantla
4	Angamacutiro	36	Huandacareo	68	Peribán	100	Tzintzuntzan
5	Angangueo	37	Huaniqueo	69	Piedad, La	101	Tzitzio
6	Apatzingán	38	Huetamo	70	Purépero	102	Uruapan
7	Aporo	39	Huiramba	71	Puruándiro	103	Venustiano Carranza
8	Aquila	40	Indaparapeo	72	Queréndaro	104	Villamar
9	Ario	41	Irimbo	73	Quiroga	105	Vista Hermosa
10	Arteaga	42	Ixtlán	74	Cojumatlán de Régules	106	Yurécuaro
11	Briseñas	43	Jacona	75	Reyes, Los	107	Zacapu
12	Buenavista	44	Jiménez	76	Sahuayo	108	Zamora
13	Carácuaro	45	Jiquilpan	77	San Lucas	109	Zináparo
14	Coahuayana	46	Juárez	78	Santa Ana Maya	110	Zinapécuaro
15	Coalcomán de Vázquez Pallares	47	Jungapeo	79	Salvador Escalante	111	Ziracuarero
16	Coeneo	48	Lagunillas	80	Senguio	112	Zitácuaro
17	Contepec	49	Madero	81	Susupuato	113	José Sixto Verduzco
18	Copándaro	50	Maravatío	82	Tacámbaro		
19	Cotija	51	Marcos Castellanos	83	Tancítaro		
20	Cuitzeo	52	Lázaro Cárdenas	84	Tangamandapio		
21	Charapan	53	Morelia	85	Tangancícuaro		
22	Charo	54	Morelos	86	Tanhuato		
23	Chavinda	55	Múgica	87	Taretan		
24	Cherán	56	Nahuatzen	88	Tarímbaro		
25	Chilchota	57	Nocupétaro	89	Tepalcatepec		
26	Chinicuila	58	Nuevo Parangaricutiro	90	Tingambato		
27	Chucándiro	59	Nuevo Urecho	91	Tingüindín		
28	Churintzio	60	Numarán	92	Tiquicheo de Nicolás Romero		
29	Churumuco	61	Ocampo	93	Tlalpujahuá		
30	Ecuandureo	62	Pajacuarán	94	Tlazazalca		
31	Epitacio Huerta	63	Panindícuaro	95	Tocumbo		
32	Erongarícuaro	64	Parácuaro	96	Tumbiscatío		

Fuente: INEGI 2000

Anexo 0.iv
División Municipal del Estado de Tabasco

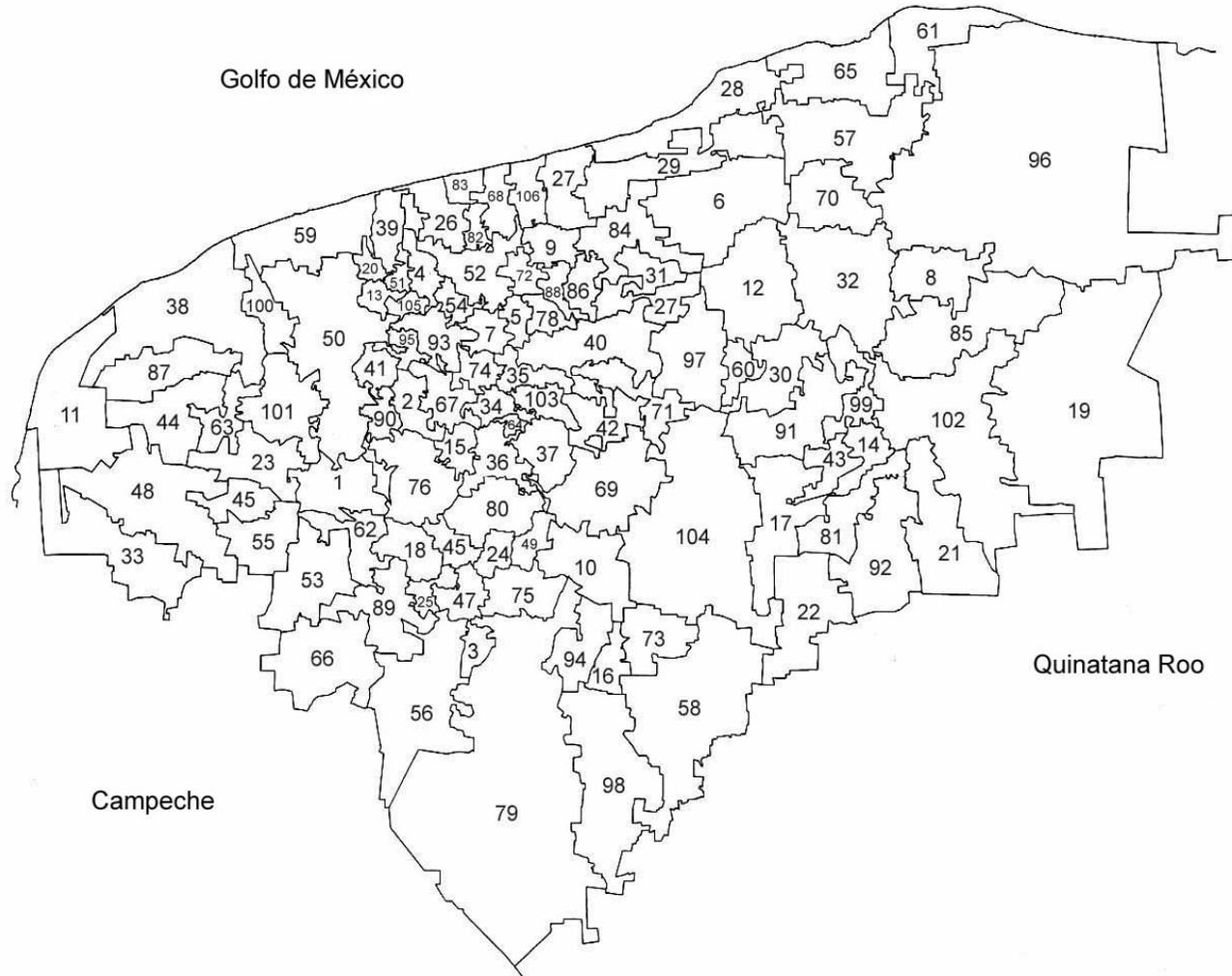


Municipios del Estado de Tabasco

Clave	Municipio
1	Balancán
2	Cárdenas
3	Centla
4	Centro
5	Comalcalco
6	Cunduacán
7	Emiliano Zapata
8	Huimanguillo
9	Jalapa
10	Jalpa de Méndez
11	Jonuta
12	Macuspana
13	Nacajuca
14	Paraíso
15	Tacotalpa
16	Teapa
17	Tenosique

Fuentes: INEGI 2000,

Anexo 0.v
División Municipal del Estado de Yucatán



Municipios del Estado de Yucatán

Clave	Municipio	Clave	Municipio	Clave	Municipio	Clave	Municipio
1	Abalá	33	Halachó	65	San Felipe	97	Tunkás
2	Acanceh	34	Hocabá	66	Santa Elena	98	Tzucacab
3	Akil	35	Hoctún	67	Seyé	99	Uayma
4	Baca	36	Homún	68	Sinanché	100	Ucú
5	Bokobá	37	Huhí	69	Sotuta	101	Umán
6	Buctzotz	38	Hunucmá	70	Sucilá	102	Valladolid
7	Cacalchén	39	Ixil	71	Sudzal	103	Xocchel
8	Calotmul	40	Izamal	72	Suma	104	Yaxcabá
9	Cansahcab	41	Kanasín	73	Tahdziú	105	Yaxkukul
10	Cantamayec	42	Kantunil	74	Tahmek	106	Yobaín
11	Celestún	43	Kaua	75	Teabo		
12	Cenotillo	44	Kinchil	76	Tecoh		
13	Conkal	45	Kopomá	77	Tekal de Venegas		
14	Cuncunul	46	Mama	78	Tekantó		
15	Cuzamá	47	Maní	79	Tekax		
16	Chacsinkín	48	Maxcanú	80	Tekit		
17	Chankom	49	Mayapán	81	Tekom		
18	Chapab	50	Mérida	82	Telchac Pueblo		
19	Chemax	51	Mocochá	83	Telchac Puerto		
20	Chicxulub Pueblo	52	Motul	84	Temax		
21	Chichimilá	53	Muna	85	Temozón		
22	Chikindzonot	54	Muxupip	86	Tepakán		
23	Chocholá	55	Opichén	87	Tetiz		
24	Chumayel	56	Oxkutzcab	88	Teya		
25	Dzan	57	Panabá	89	Ticul		
26	Dzemul	58	Peto	90	Timucuy		
27	Dzidzantún	59	Progreso	91	Tinúm		
28	Dzilam de Bravo	60	Quintana Roo	92	Tixcacalcupul		
29	Dzilam González	61	Río Lagartos	93	Tixkokob		
30	Dzitás	62	Sacalum	94	Tixméhuac		
31	Dzoncauich	63	Samahil	95	Tixpéhual		
32	Espita	64	Sanahcat	96	Tizimín		

Fuente: INEGI 2000,

Anexo 0.i

